

En el agua de Tabasco

Manuel Mendoza-Carranza

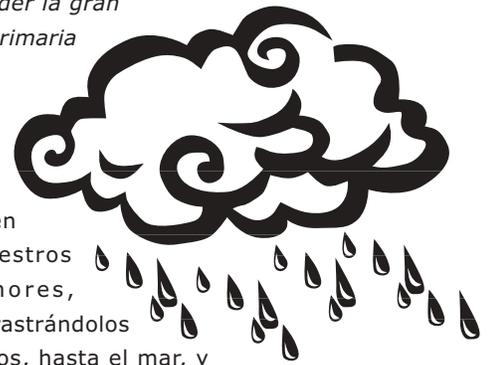
El agua no es sólo un elemento indispensable para la vida humana, sino que su importancia la ha ubicado en un sitio destacado en el ámbito simbólico, religioso y cultural. Ha sido también la inspiración de los artistas, musa de los poetas. En este texto, el autor aborda el tema desde una óptica literaria, y a partir de la sensibilidad nos permite comprender la gran trascendencia de este elemento como fuente primaria de la vida.

I. Recuerdos del agua

El agua en Tabasco ha sido vida y también muerte. Entre su corriente nos ha llevado noticias; agua que nos transporta a través de la tierra como las venas transportan la sangre, que nos da de comer y nos regala sus leyendas de pantanos, viejas historias en las que todavía se ven galeones españoles al amparo de la neblina y la imaginación. Agua donde luces fatuas anuncian la presencia de tesoros inimaginables, donde se viven encarnados y deliciosos romances incendiados por el calor de la tierra, exaltados por la humedad del aire y la voluptuosidad de los cuerpos; extraños y sublimes encuentros con lo natural y lo sobrenatural, donde se oye por la noche el silbido de los duendes, aquí donde sólo el agua es capaz de mezclar colores, aromas y sensaciones.

Agua que nos refresca de la ardua lucha del día a día, llevándose nuestras penas, nuestros dolores y a veces tam-

bién nuestros amores, arrastrándolos lejos, hasta el mar, y cuando pensábamos que no volverían jamás, regresan a nosotros en forma de lluvia, en el calor de la tarde, con tanta humedad que se mina hasta el alma. Cae la lluvia lánguida, casi en silencio, cae también con furia sobre todo y sobre todos, trayendo añoranzas de épocas pasadas donde esa agua cayendo del cielo refrescaba las noches y hacía plácido el sueño. Tiempos pasados en que lluvia significaba despertares lánguidos, olor a tierra mojada, charcos, madrugadas oscuras, cantares de grillos, chicharras, ranas y toda índole de pequeños artistas de la noche, que con sus cantos amenizaban el pantano mientras la ciudad, aún devorada por la selva, era invadida por nubes de mosquitos



sedientos de sangre. ¿Qué queda ahora de eso? Nada más que el ensordecedor ruido de los autos, el calor seco, alaridos de gente y uno que otro pertinaz mosquito que al amparo de la tarde lucha por sobrevivir su cruenta vida. Poco ha quedado ya de aquellos días en que el agua era protagonista y reina.

En otros tiempos la gente de Tabasco sabía convivir con la lluvia; entendía que el agua subía inesperadamente sus niveles, buscando muchas veces nuevos límites, desbordándose con intensidad e invadiendo los terruños. Eran personas que sabían entender que cuando el agua baja los peces mueren, no hay danza de amor... no hay vida.

Pero ahora, cuando el agua inunda los campos la gente se amarga, carga a cuestas sus penas, se ha olvidado del cayuco y en esas mismas aguas en que vierte su tristeza, se refleja su desespero y frustración. Mas no pueden darse cuenta de que debajo de su reflejo, los seres del agua se encuentran en todos lados, multiplicándose, regalándose a la vida con abundancia, con canastadas de peces de todos colores y todos sabores. Y es que si el agua se va, si el agua muere, se muere el hombre... ¡se muere la vida!

Hoy que la tierra de Tabasco ha sido diezmada, muerta, encostrada en mortajas de cemento, la lluvia sólo es triste recuerdo de mi niñez; recuerdo de aquellos días en que podíamos jugar con ella, zambullirnos en los charcos, encontrar peces en lugares inusitados. Ahora no es más que un cúmulo de agua muerta que se pierde, que arrastra tristeza e s p e s a , dejando calor, sofoco,

olores fétidos y amarga desesperación. Antes era fácil mitigar los calores del día con solo beber tus entrañas; hacer tu pozol con agua de río, de laguna, de pozo o de una llave daba lo mismo, era agua que se podía beber... así se mataba la sed, ahora se mata la sed y hasta el sediento... con la misma agua pero embotellada, presa de la ambición del hombre.

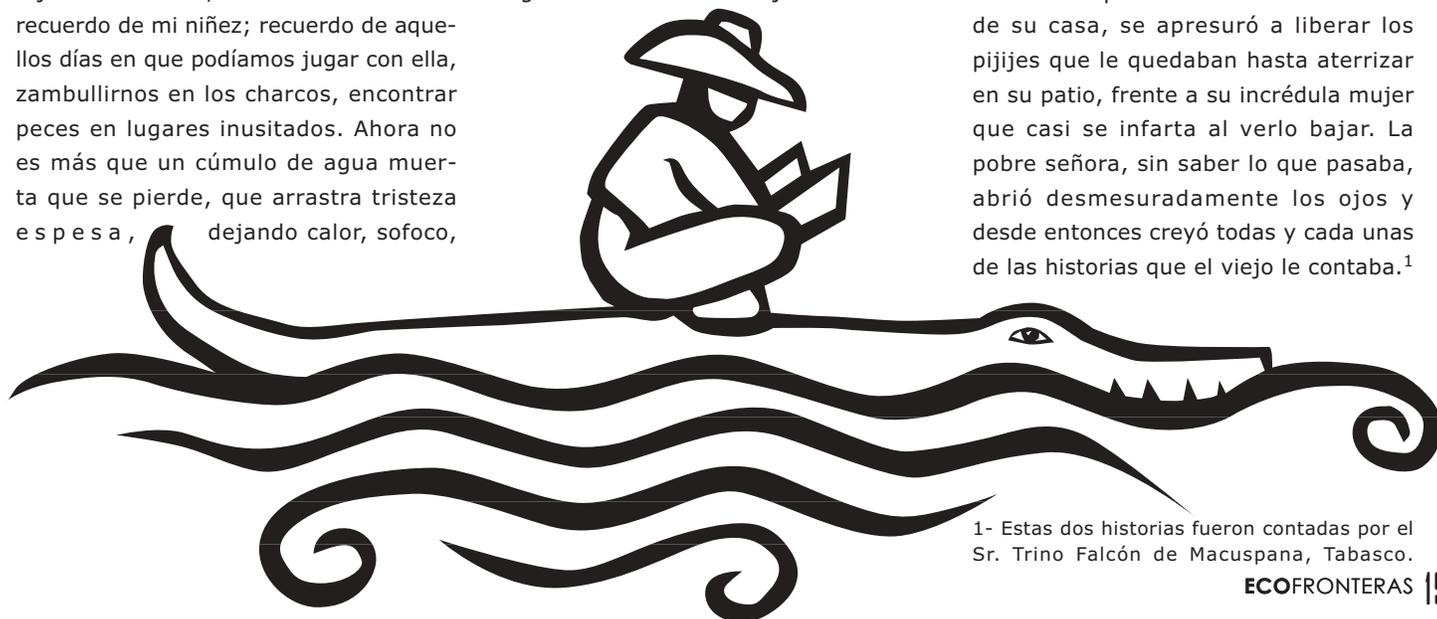
Pero el agua se resiste a morir. Todavía en el Tabasco junto al río, la laguna y la campería, el agua sigue dando sus peces trasnochados, sus nerviosos camarones, sigue dando vida a la gente, regalando esperanza de vivir. Aún defiende sus lugares, aún reclama como suyo el camino cortado, el amor por la querencia... todavía. Hecha de agua, de pescado, de yuca, de pozol, es la gente de mi tierra; de mañanas de pescado, de tardes de fresca y de lluvia, de murmullo de pláticas, del agua de río que lleva su sangre, su vida entera y sus esperanzas.

II. Historias tropicales

Y entre toda esta agua se cuentan historias de lluvia en la que las primeras gotas caen como ecos de cuentos y de leyendas como la de aquel abuelo que se sentó a leer en la noche sobre un tronco, allá por los rumbos de laguna Ismate; de pronto el viejo levantó la vista y vio unas luces, ya estaba en la Laguna de las Ilusiones justo frente al

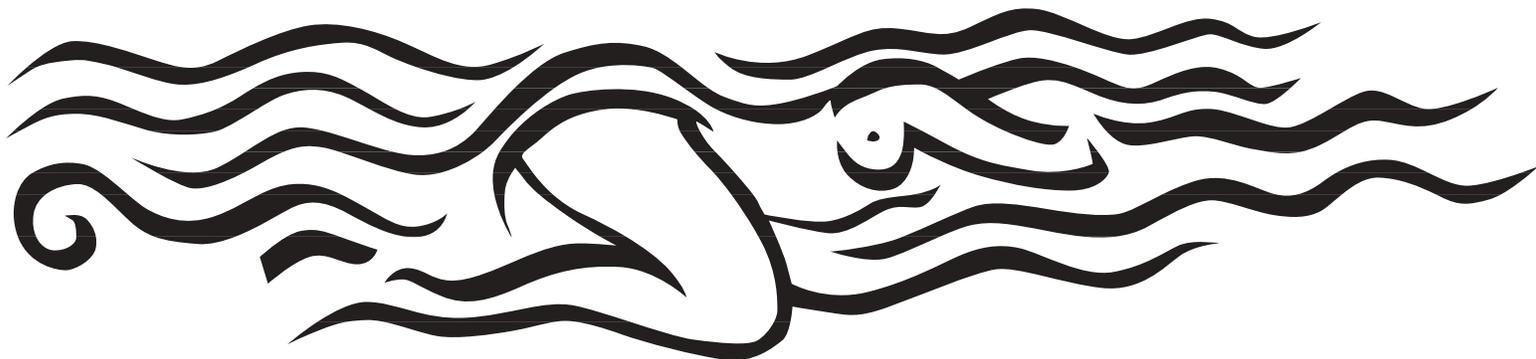
parque Tomas Garrido. El tronco en realidad era un lagarto de 10 metros que lo llevó a cuestras entre canales y lagunas interminables a través de la noche eterna del pantano.

Otro día, este mismo abuelo tuvo ganas de ir de cacería y salió por el pantanal a ver si hallaba una buena presa. En una laguna vio un montón de pijijes, pero antes de dispararles pensó que con un disparo mataría uno o dos a lo mucho; entonces se preguntó qué hacer y una idea cruzó su mente. Se acordó que en el morral traía un cabo, de esos delgaditos, y sin pensarlo mucho, astutamente tomó aire y se sumergió en el agua para después, lentamente y con pericia, amarrar una a una las patitas de los pijijes. En un descuido, cuando terminaba la ardua tarea, hizo un ruido y los pijijes se espantaron y salieron volando todos juntos, amarraditos. En su desesperación, el viejo se sujetó del cabo que le quedaba, pero eran tantos los pijijes que ante su sorpresa comenzó a levantarse del suelo y elevarse junto con ellos. No sabía qué hacer para bajar, pues consciente estaba de que si cortaba el cabo podría caer y morir. Así que el abuelo, con toda la experiencia y sabiduría que dan los años, urdió una idea: cortó uno a uno el cabo que amarraba las patitas de los pijijes y de esta forma fue bajando poco a poco; cuando se dio cuenta de que estaba volando encima de su casa, se apresuró a liberar los pijijes que le quedaban hasta aterrizar en su patio, frente a su incrédula mujer que casi se infarta al verlo bajar. La pobre señora, sin saber lo que pasaba, abrió desmesuradamente los ojos y desde entonces creyó todas y cada una de las historias que el viejo le contaba.¹



1- Estas dos historias fueron contadas por el Sr. Trino Falcón de Macuspana, Tabasco.

Hecha de agua, de pescado, de yuca, de pozol, es la gente de mi tierra; de mañanas de pescado, de tardes de fresca y de lluvia, de murmullo de pláticas, del agua de río que lleva su sangre, su vida entera y sus esperanzas.



Entre tantas leyendas me cuentan que un día el agua se hizo tinta... pintó las sierras y las planicies, formó ríos de conocimientos, sació la sed de la tierra, crecieron flores de papel letrado. Se oyeron ecos del agua de tal forma que hasta pejelagartos y pochitoques cayeron del cielo, creció el caudal del río... pero un día el agua que era tinta viva se hizo sangre y solo quedó un murmullo del arroyo. Junto a las voces histéricas, perplejas de quien vive sin vivir, de quien lo vivió y sacio su sed, de quien con una hoz y de un tajo corto sus flores de papel...



Y con el agua llegó también una hembra, haciendo meandros con las curvas voluptuosas de su cuerpo, llegó e hizo espejos de lagunas encantadas de suave corriente, donde noche a noche me arrulló con la brisa de su aliento.

"Ven mi morena, quiero ahogarme en tu cuerpo fresco de sandía, quiero navegar las aguas de tu ser, alma dulce de naranja, tus manos con olor a leña, quiero entrar en tu regazo donde naufragan las penas y se calma la sed de pasión, de humedad de la noche en los pantanos."



El agua sigue viva en esta tierra aún verde; no se acaba en el río y en el pantano, el mar regala su sensualidad con su vaivén de espuma que acaricia las

playas, suaves olas donde cabalgan nuestras vidas, donde te hice mía, me hiciste tuyo. Entonces el mar seguía el ritmo de nuestros cuerpos ya trenzados; el sol de la tarde encendía el deseo, las ansias hechas agua escurriendo por nuestros cuerpos, haciéndose espuma entre las mansas olas de la tarde de mi tierra... mi inicio y fin. El mar donde comienza la vida, donde me arranca el aliento... "Despierta del sueño choquita, tengo calor, vamos pal' al río, vamos a hacernos sustancia, vamos que nos lleve el río en su último abrazo, antes que muera la tarde y se incendie la noche de rojo agonía, de rojo de insomnio de ansias de tu cuerpo húmedo junto al mío al calor de noches de chicharras mayo. Te quedaste dormida a la orilla del mar, en la boca del río, con tu calor satisfecho al final de la tarde, me dejaste mirar cómo se iba el día... cuándo regresaré tu calor..."



Después de tanta lluvia, de tanto inundar tu tierra fértil, apenas dos gotas son la vida hecha agua, agua hecha movimiento, empapándolo todo. Entran pues las gotas en conjunto por puertas y ventanas, se filtran por el techo, haciendo que todo se llene de vida, de luz y de colores de verde musgo. Corre ya el agua como río en creciente, se sale de su cauce, regresa, sube, se hace nubes, estruendo de la lluvia; es la fiesta

de la vida incontenible que va sembrando escándalos, murmullos a veces con tanto alarde de descontrol... tanta agua nos ahoga, no sabemos cómo contenerla pero es agua pura, no se puede contener por mucho tiempo, desorden, fuerza de océanos verde azules, turquesas de ríos, verde de lagunas calma la vida, gris de tarde lluviosa, les doy mi vida inundada de verdor y carcajadas.



El agua y lo que lleva dentro no es un recurso, no tiene precio, no tiene valor, no es nadie y es de todos; es nuestra propia vida, nuestra propia sangre, nuestras historias, nuestro futuro, es nuestra alma misma... El agua no se acaba, es el círculo de la vida, aunque ahora se infecta, agoniza, muere y regresa, arrastra, encuentra sus antiguos caminos, pero no se acaba, espera... sólo agoniza entre nuestras manos sucias de ambición, vacías de comprensión...



Manuel Mendoza es investigador del Área de Sistemas de Producción Alternativos, ECOSUR Villahermosa (mcarranza@vhs.ecosur.mx).